



MERCADO DE CHAMARTÍN (MADRID)

## Vaca cósmica

JUAN LUIS MARTÍN DÍAZ

El mundo no había cambiado tanto en cincuenta años. La OPEP seguía jugando con los precios del petróleo, la Casa Blanca no había sido pintada de rojo y los católicos aún confiaban en la resurrección. La segunda parte del siglo XXI se antojaba tan aburrida como la primera, salvo que de una vez por todas el meteorito del que tanto hablaban los periódicos se decidiera a divertirse haciendo carambola con la Tierra. Genoma tenía un bonito telescopio en su habitación, desde el que escrutaba cada noche el firmamento buscando esa pelota, que según él había chutado un defensa patoso en alguna Liga de fútbol fuera del Sistema Solar. Nunca hubiese establecido semejante comparación de no ser socio del Atleti.

Para la abuela de Genoma, las cosas sí que eran distintas. Jamás aceptó que su nieto tuviera ese insólito nombre, aunque reconocía para sus adentros trasnochados que era mucho más ridículo el de su primo Pentium. Las videoconferencias le parecían indiscretas, pues no aceptaba descolgar el teléfono en camión, añoraba el humo del tabaco, enterrado por ley para siempre aunque siguiera habiendo bandas que traficaban con cigarrillos a las que ella no tenía acceso y le sacaba de quicio comer jamón serrano en lata.

–La madre que os parió– siempre exclamaba lo mismo y con ese impropio castigaba por igual a todos los regentes de la humanidad que tan extraña se le antojaba.

–¡Mamá, habla bien que se te salta la dentadura...!– le criticaba su hijo Ventura, arriesgándose a que la inadaptada octogenaria le agrandase de una bofetada su jaqueca permanente. El dolor de cabeza de Ventura era proporcional a su pena desde que le abandonó la madre de Genoma por un investigador del comportamiento de los primates salvajes. Alicia había sido siempre ligeramente inestable en sus

emociones. Lo demostró bautizando al niño con el nombre del descubrimiento científico que leyó en la primera revista que pusieron a su alcance tras el parto y su afición por la cría de avestruces jamás le restableció el equilibrio mental. Llegó a imitar todos sus gestos; corría con cortas y rápidas zancadas estirando el cuello por el pasillo para recibir a los invitados, se cardaba el pelo enmarañado para imitar el ridículo moño de sus protegidas y lo más desesperante, según su marido, era que escondía la cabeza bajo los cojines del sofá durante las frecuentes discusiones que mantenían en casa. Genoma creció así en un ambiente “pintoresco”, a juicio del psicólogo de su colegio y esa era la causa de su permanente ensoñación de la que sólo salía cuando la abuela le despertaba temprano para llevárselo a comprar los sábados por la mañana al Mercado del barrio. El pequeño se aficionó a aquellos paseos aprovechando que sus padres adquirieron la carnicería en la que se vendían las avestruces que no se dejaban domesticar por “mamá” y con las que paliaron la crisis a la que les condujo la extinción de las vacas.

–Abuela, cuéntame otra vez cómo eran las vacas– decía Genoma cuando apenas había empezado a leer y el relato sobre aquellos animales de graciosas manchas negras y blancas sobre la piel y con cuernos como los que lucían en el casco los vikingos de las películas que veía en DVD, le reforzaban el creciente deseo de ver pastar a aquellos bichos. Lo más cerca que había visto una vaca era en el Museo de Ciencias Naturales, que se conservaba disecada en el mismo lugar

dónde antes le contaron que se exhibía un esqueleto de dinosaurio hasta que se clonaron de nuevo y se incorporaron a las colecciones vivas de los zoológicos.

–¿Y cómo hacían las vacas?, abuela– seguía preguntando el niño y se sujetaba fuerte la boca para disimular la risa que le producía la anciana gritando: MUUUUUUUUUUUUUUUUUUUUU!!!

Más tarde aprendió a contener las carcajadas cuando su inestable madre se puso a hacer el mono por la casa, un atípico comportamiento que acabó por confirmar la relación escondida que mantenía con ese señor tan peludo que se hizo omnipresente en el hogar siempre que su padre salía al trabajo. La separación no le acarreo ningún trauma. En el fondo hasta se sintió aliviado de no aguantar las extravagancias de su progenitora y desde luego era más divertido verla por Internet, cuando conectaba con él desde algún lugar recóndito de África rodeada de un fornido pelotón de orangutanes.

Genoma vivía en la antigua calle Potosí del barrio de Chamartín, que había sido rebautizada como el resto del callejero de la ciudad con números y letras al estilo de las matrículas de los coches. Fue una decisión del Ayuntamiento que quiso evitar los continuos enfrentamientos entre los grupos políticos y vecinales de Madrid cada vez que se elegía un nombre para una nueva calle.

–Calle de Pokémon, aprobaba el alcalde y al rato tenía en la puerta del despacho al Colectivo de Madres contra la Invasión Nipona, los representantes de la Asociación para la Defensa del Muñeco Español y la ONG Niños Alérgicos a la Radiación del Televisor. Demasiados quebraderos de cabeza para el poco dinero que se cobraba de político, pensaron en la Casa Consistorial y en una decisión fulminante y muy controvertida le dieron a cada vía urbana una combina-

ción numérica al estilo de la clave secreta de las tarjetas de crédito. La 2235 era la antigua Potosí y esa cifra también aparecía en la dirección del Mercado donde trabajaba papá, que cuando se quedó soltero por la huida de su esposa continuó vendiendo cocodrilo, canguro y otros variopintos animales del gusto del nuevo consumidor en su carnicería del Mercado.

–Abuela, ¿es verdad que también estuvieron a punto de desaparecer los mercados?– Esa era otra de las historias favoritas de Genoma. Entonces la paciente anciana le explicaba cómo durante los primeros



años del siglo XXI proliferaron gigantescos centros comerciales en las afueras de la ciudad, que arrastraban kilométricas caravanas de ávidos clientes siguiendo el rastro de la mejor oferta. El pequeño comercio, ese que dista unos pocos pasos del portal de todas las casas, languideció hasta el borde la quiebra y su recuperación llegó de la forma más inesperada. Hubo un momento en que algunos conductores recorrían hasta cien kilómetros para hacer la compra. En los periódicos de la época se publicaron reportajes de familias que decidían hacer noche cerca del hipermercado y así recuperaban fuerzas para el viaje de vuelta. Surgieron bandas de asaltantes encapuchados que al estilo medieval, organizaban barricadas en las carreteras para saquear las furgonetas atestadas de viandas que regresaban a la capital.

De nada sirvió la movilización del ejército y la contratación de escoltas privados para proteger el carro de la compra. El temor de la población aconsejó la vuelta al llamado comercio tradicional y los tenderos aparecieron como un ángel de la guarda redimido. Ventura, que había perdido toda esperanza de sobrevivir, se encontró de pronto frente a su carnicería con clientes haciendo cola. Desde entonces practica el budismo en agradecimiento a las fuerzas positivas del cosmo y por eso a nadie le extraña la gigantesca imagen del profeta encaramada al mostrador y de la que cuelgan letreros adornados con flores e incienso que proclaman las mejores ofertas del día.

El hijo de Ventura era el personaje más popular del mercado. Fruter@s, Pescader@s, daba igual. Por dónde pasaba recibía saludos cariñosos, recordaba aquellas vueltas al ruedo que daban los toreros en las que los aficionados arrojaban toda clase de obsequios al vencedor del duelo a muerte con la bestia cornuda. Una costumbre también superada con el tiempo, desde que los grupos ecologistas más radicales acabaron con la extinta fiesta nacional tras infiltrarse en las plazas y lanzar piedras y otros objetos mucho más dañinos a los matadores. A “Budi”, como apodaban al pequeño desde que su padre abrazó los principios de la reencarnación, le lanzaban frutas, gambas al ajillo... cualquier cosa comestible servía para tener contento al chaval, temerosos de que pudiera emplear contra ellos sus poderes maléficos. La neurología del nuevo milenio acabó por descubrir que las fuerzas paranormales que durante siglos sobrecogieron a la humanidad, no eran sino capacidades ocultas de los cerebros más desarrollados. Se sabía que un 1% de la población tenía percepciones extrasensoriales, es decir, podía mover objetos a distancia, comunicarse con el pensamiento, vislumbrar imágenes del pasado y el futuro o escuchar sonidos generados en otros planos astrales o a miles de kilómetros de distancia. Esa prodigiosa percepción auditiva, la más rara e infrecuente de las Modernas Conductas Cerebrales como la catalogaba la Ciencia, se conocía como Audioquinesia y es el regalo que le había hecho a Genoma la genética paterna. En cuanto el otorrinolaringólogo diagnóstico el prodigioso oído del niño, no tardó en aparecer el recuerdo de su bisabuelo, que se ganó la vida pegando la oreja al suelo para encontrar manantiales subterráneos y que murió el día que su tímpano confundió un escape de gas con una corriente oculta del río Jarama. La extraordinaria agudeza auditiva de Genoma, para la que no existía la sordina de la distancia o del obstáculo físico, le permitía estar al corriente tanto de lo que se hablaba al otro lado de su habitación, en el concurrido dormitorio de sus padres, como en el animado bar del Mercado de Chamartín, donde después de comer y por mucho que el hombre hubiera ya colonizado Marte, se mantenía la saludable costumbre, común a todos los bares del planeta, de la partida de Mus y la charla de sobremesa.

El niño era un espía perfecto. Involuntario, pero diabólicamente perfecto. Más eficaz que un hombre invisible. De hecho los gobiernos de todo el mundo contaban entre los agentes de sus servicios de inte-





ligencia con personas que como Genoma podían escuchar a distancia. Bastaron unos pocos comentarios inocentes a su padre sobre las cosas que había descubierto que pensaban de él y de su matrimonio algunos compañeros del mercado, para que nadie volviera jamás a atreverse a criticar ningún aspecto relacionado con la vida de Ventura. Fueron unos meses de miradas gélidas y desayunos silenciosos, la época de la Guerra Fría en el Mercado, durante la que se levantó un muro de sospechas y acusaciones acerca de quién o quienes habían sido los delatores. Aparecían pintadas en los cierres de los puestos y se repartían anónimos con amenazas. Ha sido él, ha sido ella, te vamos a descubrir...

Fue el propio carnicero agraviado quien restauró la paz repartiendo pétalos de flores entre sus compañeros, el mismo día que abrazó “la doctrina del buen rollo”, explicando que nada de lo que había

pasado era comparable al sufrimiento del alma encajonada en un cuerpo que no era de su talla. Nadie acertaba a averiguar el sentido de las palabras de Ventura, que más de un credo religioso parecía una sinopsis de la película Karate Kid, pero todos recibieron con alivio el final de las hostilidades y aprendieron a no criticar jamás ningún aspecto de la vida del otro. El periódico del barrio descubrió las portentosas habilidades del pequeño Genoma en un reportaje sobre vecinos insólitos y la lección de evitar los cotilleos quedó bien aprendida, dado que nunca se podía estar seguro de que el dichoso niño rebuscara ingenuamente entre sus conversaciones.

Hubo una gran fiesta en el Mercado de Chamartín celebrando la vuelta a la armonía. Se organizó una jornada de puertas abiertas para los clientes en la que hubo degustaciones gratuitas, actuaciones musicales y sorteo de regalos. Los más revoltosos aguantaron despiertos hasta el amanecer y como ya era domingo y no había que trabajar, acabaron tomando cervezas y tapas en los bares cercanos al Rastro. Ese mercadillo al aire libre del centro de Madrid, en el que durante el siglo anterior lo mismo se podía comprar una tuerca oxidada que un abrigo de visón, se había reconvertido por exigencia de las ordenanzas municipales en una moderna calle comercial peatonal, con alfombra roja en el pavimento y toldo para dar sombra a los viandantes. Había perdido el aire de bazar árabe de antaño, pero seguía siendo el sitio de reunión predilecto por los madrileños el fin de semana. El irreductible grupo festivo del mercado, liderado por el aliviado Ventura, dio color y alegría a los viandantes organizando un divertido pasacalles en el que la nota de alegría la puso la abuela de Genoma, Doña Emilia Cifuentes, quien ataviada con una camiseta del Atlético de Madrid en homenaje a su nieto fue coreando estribillos de las canciones de juventud, subida a los hombros de su hijo:

– No cambié, no cambié, no cambieeeeeeeeé – gritaba la anciana y el público se arremolinaba con cara de asombro, convencido de que asistía al rodaje de un anuncio publicitario promocionando la fidelidad a una compañía telefónica. Acabó con una subida de tensión que casi la mata, de no ser por la rápida asistencia del servicio médico de urgencias municipal, que la trasladó de inmediato al hospital más cercano mientras ella repetía acalorada que si sobrevivía a ese arrechucho prometía abstenerse del coñac del desayuno y conseguir que su nieto viera cumplido su deseo más íntimo.

“Abuela, he soñado que me hacía amigo de una vaca, la última del universo y era ¡muuuuuuuuuuu feliz!”. Eso fue lo que dijo Genoma nada más apagar las velas de la tarta de su séptimo cumpleaños y como el chaval tenía poderes, Doña Emilia tuvo la intuición de que en alguna parte, pastaba ese animal. A los pocos meses se emitió en la televisión un reportaje sobre la estación espacial que se había construido en Marte, un proyecto mantenido en secreto hasta entonces. Un relamido periodista, que en realidad era un muñeco tridimensional como todos los presentadores de éxito, había convivido durante 48 horas con los primeros colonos de ese planeta, que estrenaban la primera base marciana del ser humano. En el año 2023 se posó una nave tripulada en esa recóndita bola anaranjada del Sistema Solar y tras confirmar que no existían beligerantes seres verdes con antenas y que la vida en aquel rincón de la galaxia se reducía a unas cuantas bacterias, la mancomunidad de países de la Tierra comenzó los preparati-

vos del primer asentamiento humano fuera del paraguas de la cálida y oxigenada atmósfera. La Luna, aunque ya estaba habitada hace años, no se mencionaba porque no pertenecía al dominio público. El satélite, propiedad de una empresa multinacional de ropa deportiva, servía de sede para competiciones de atletismo y otros juegos en ausencia de gravedad, que acaparaban la atención de millonarios excéntricos dispuestos a pagar lo que fuera por pasar unas vacaciones lunares. Los vuelos siderales daban menos problemas que el Puente Aéreo a Benidorm, saturado de pensionistas y se fletaban con frecuencia como regalo a los altos ejecutivos o premio de concurso televisivos.

La MM, Misión Marciana, estaba apadrinada por naciones, pero en realidad la pagaba una empresa constructora que buscaba nuevos solares para edificar chalés adosados. Se retrasó unos años hasta que los médicos averiguaron por qué a los primeros astronautas que regresaron de allí, se les cayeron las orejas devoradas por una misteriosa infección. Si en un principio se temió que pudiera haberse contagiado un extraño virus, al final se determinó que como el viaje había durado un año, los cosmonautas permanecieron demasiado tiempo con los auriculares puestos escuchando las instrucciones del control de Houston y eso les arruinó los pabellones auditivos. Los héroes desorejados comentaron al respecto que para las posteriores misiones mejor sería que las comunicaciones con la Tierra se hicieran por chat. Y sobre todo, que procuraran no poner a otro pesado charlatán como jefe de toda la operación.

20 hombres y 20 mujeres fueron seleccionados para dar el salto a Marte. Todos firmaron el compromiso de asegurar de inmediato la reproducción de la especie, a cambio de sustanciosas ventajas fiscales. Se eligió el llamado Monte Olimpo para levantar su remoto hogar, un volcán de 27 kilómetros de altura dentro del cual estarían a resguardo de las molestas tormentas de arena con vientos de hasta 150 kilómetros por hora que azotan la superficie y de las incómodas temperaturas de 200 grados bajo cero que se registran en invierno. Se llevaron consigo muestras de ADN de algunos animales domésticos, aquellos que durante siglos habían servido de sustento pero que se sacrificaron en las epidemias de principios del Tercer Milenio. Había expectativa por averiguar si los cerdos, las ovejas, las vacas y las cabras podrían adaptarse a las polvorientas praderas marcianas y preparar así los cimientos de una nueva civilización.

Veinte años después, la imagen final del programa televisivo con el presentador ordeñando una vaca, demostraba que la intrépida aventura había tenido éxito.

Al día siguiente de esa emisión, las portadas de los periódicos amplificaban el alcance de la noticia:

*Marte está habitado. El Gobierno niega todo conocimiento.*

*Habla la madre de un colono de Marte:*

*“Ya me extrañaba que mi hijo tardara tanto en llamarme”.*

*La vaca cósmica. Primeras fotos de la ternera que resucitó en otro planeta.*

La abuela de Ventura no perdió el tiempo. Convocó una reunión urgente de la junta rectora del mercado y les expuso de sopetón sus intenciones:

– Hay que conseguir que mi nieto viaje a Marte y acaricie a esa vaca. Haremos de él un pequeño héroe, alguien dispuesto a sacrificar sus juegos de infancia, a olvidarse de su videoconsola a cambio de emprender una nueva vida junto a su amiga rumiante. Tenemos que transmitir la idea de que ese será el primer paso para un mundo mejor. Escribiremos al presidente del gobierno, al defensor del menor, a Isabel Gemio si es que sigue en activo, que sé yo. Y de paso, servirá de escaparate publicitario para el mercado, que se note que aquí anidan buenos sentimientos.

Qué ovación recibió Doña Emilia, qué emocionante fue ver cómo se la comían a besos por haber descubierto la manera de quitarse de en medio a Genoma. No es que le odieran, pero preferían tenerle lejos. En una semana la iniciativa del Mercado de Chamartín de poner un niño en Marte para cumplir su sueño de tocar a una vaca se convirtió, según los sondeos de opinión, en el tema favorito de conversación de los españoles. El dato no pasó inadvertido para el partido gobernante, que a un mes de que se celebra-



ran elecciones generales, incluyó en su programa electoral el compromiso de mediar ante la ONU y la NASA para que aceptaran a Genoma entre los tripulantes de la siguiente expedición marciana. Enseguida apareció el mercadeo de camisetas, insignias y cachivaches con la cara del pequeño vaquero, a la abuela se la rifaban para darle portadas de revistas, desde Pronto hasta PlayBoy (ésta la rechazó muy educadamente aunque el ofrecimiento lo tomó como un halago) y en cuanto a Ventura, que cada día estaba más trascendental, el proyectado vuelo espacial de su hijo se le representaba como una vía rápida para que su vástago alcanzase la sublimación espiritual y así se lo hizo saber al Dalai Lama, por si estaba interesado en abrir la primera delegación extraterrestre.

Genoma era un talismán y por eso fue elegido para representar a España en el Festival de Eurovisión con la excusa de que serviría como plataforma internacional de promoción. Ganó de calle interpretando una versión antológica del clásico “Tengo una vaca lechera”, que después ocupó treinta semanas consecutivas el puesto número uno de ventas en Estados Unidos, pero sin duda lo que más ilusión le hizo fue viajar a Estocolmo, antigua tierra de vikingos, para recoger el Premio Nobel de la Paz. En su discurso, pidió que se utilizara a la vaca como nuevo símbolo de la paz, pues dijo que sus manchas en la piel recuerdan a un mapamundi que reposa tranquilo a lomos de un animal que jamás pierde la paciencia.

Genoma despegó de Cabo Cañaveral rumbo a Marte el 29 de marzo del año 2052, tras seis meses de entrenamiento en la Agencia Espacial Europea. Decidieron que hiciera la travesía durmiendo, para que su organismo no sufriera ninguna alteración. Cuando un año y dos meses después la nave se posó sin complicaciones en el planeta, nadie se atrevió a decirle que la vaca en ese tiempo se había muerto, probablemente de aburrimiento. ●

**JUAN LUIS MARTIN DIAZ**  
**PERIODISTA**



### **MERCADO DE CHAMARTÍN (MADRID).**

El Mercado de Chamartín –o Centro Comercial Chamartín, como reza en su fachada– se inauguró en diciembre de 1962, coincidiendo con la expansión de este barrio del norte de Madrid. El edificio del Mercado hace esquina con las calles Bolivia y Postosí y su oferta comercial incluye actualmente 87 puestos, entre los que se encuentran algunas de las fruterías, pescaderías y carnicerías de mayor prestigio en la capital; lo que justifica que, además del público de proximidad, la clientela habitual se extienda mucho más allá del barrio de Chamartín, siendo asimismo uno de los Mercados favoritos de la restauración de muchos tenedores.

Las instalaciones del Mercado son muy modernas y cuentan con todos los servicios propios de un gran centro comercial, incluido el aparcamiento subterráneo. Además, la oferta de alimentación fresca se completa con puestos de alimentación no perecedera y de otro tipo de productos y servicios. Todo ello, hasta convertir al Mercado de Chamartín en la “locomotora” de una amplia y activa zona comercial.